

—¡Jamás! (exclamó Inés.) La idea de tener un hijo me horroriza. Un hijo veletudinario, enfermizo, enclenque...., que sacaría en su sangre la decrepitud de su padre.... : nunca.... No se puede jugar con la naturaleza, y yo sé que los hijos de los viejos son muy infelices.... No me queda ni el consuelo de ser madre.

Aquí el silbido de la máquina cortó de nuevo la animada conversación de las dos amigas, y un momento después entraba el tren lentamente en la estación de Zumárraga.

—Vamos á separarnos,—dijo Rosalía.

—Veremos (añadió Inés); porque me ocurre una idea.

—¿Qué te ocurre?

—Ya verás.... Voy á hacer una locura llena de juicio.... Nos vamos á reir mucho, mucho.

El tren se detuvo, y las puertas de los coches comenzaron á abrirse.



DIÁLOGO TERCERO

EN ZUMAYA.

LA primera casa que se encuentra á la entrada de este pueblo se halla situada á la izquierda: un pequeño jardín cuadrado, partido por dos sendas que se cruzan en medio, dividiéndolo en cuatro partes iguales, lleva sus tapias hasta la linde del camino. Cuando yo estuve la última vez en Zumaya, este jardín empezaba á serlo.

Tiene la casa dos pisos; no es grande, y en su aspecto sencillo deja traslucir ciertas pretensiones aristocráticas. Entre el jardín y la fachada principal de la casa se levantan tres escalones de piedra, por los cuales se sube á una especie de explanada, que sombrean, si no recuerdo mal en este momento, cuatro tilos, y de la que arranca el edificio. Lo que podemos llamar el vestíbulo es una pieza de regu-

lares proporciones, que sirve de comedor, por lo menos en verano.

Esta casa, algo separada del resto de la población, parece una quinta en pequeño, y viene á ser el palacio de Zumaya. Se llama la casa del Escribano, y se llama lo que es. Todos los años se alquila, claro está, á la familia que mejor la paga. En ella encontramos instaladas á Inés y á Rosalía. Acaban de comer, y la niña se ha dormido en el regazo de Inés, mientras que Rosalía toma la cuenta á la cocinera y dispone, como mujer casera y económica, lo que se ha de comer al día siguiente.

—Vamos (dice Inés, meciendo sobre sus rodillas á la niña): voy á verme en la necesidad de sustituirte en el cargo de ama de gobierno, porque si no, querida mía, temo que nos matarás de hambre.

—Se gasta mucho, señora (replicó Rosalía), y yo soy la que debo poner orden en estas cosas.

—Muy bien; mas recuerda nuestro trato: hemos convenido en sufragar á medias los gastos de nuestra estancia en Zumaya. Tú pagas el alquiler de la casa, que no es un grano de anís, y me alojás con lujo en esta especie de palacio encantado. Á mí me toca pagar todas las demás necesidades de la vida.

—¡Friolera! (exclama Rosalía.) Tres criados, de los cuales sobran dos; una mesa de príncipe, porque eso de que el almuerzo ha de empezar in-

dispensablemente por ostras, que no se ha de beber más vino que de Burdeos, que el chocolate ha de ser de Vitoria, no son cosas precisas y cuestan un ojo de la cara. Con lo que se gasta en postres podrían vivir muy desahogadamente tres familias.

—Á propósito de postres, Sergia (dice Inés, dirigiéndose á la cocinera): hoy no hemos tenido fresones.

—No los había, señora,—contestó la cocinera.

—Pues es preciso que los haya. La niña los ha echado de menos, y le he prometido que mañana tendrá fresones.

—No sé (replica Rosalía) de dónde han de sacarlos.

—Del centro de la tierra.

Rosalía va á tomar en sus brazos á la niña dormida; pero Inés la rechaza, diciéndole:

—No, mala madre; no la besas, mientras no me jures solemnemente que habrá fresones mañana.

—Habrás fresones, contestó Rosalía.

—Pues bien: bésala, y no la despiertes. Ahora déjame que yo la coloque en su cama. Mientras estamos juntas, esta niña me pertenece.

Diciendo y haciendo, entra en una pieza inmediata, y coloca cuidadosamente á la niña en su pequeña cama, y sale en seguida.

Ambas amigas se sientan la una enfrente de la otra, á la parte interior de la puerta del vestíbulo, y aparecen iluminadas por la tibia luz que se escapa

de la enorme pantalla que cubre el quinqué. La noche es oscura, fresca y silenciosa; brillan las estrellas como diamantes sobre el manto azul de los cielos, y las sombras de las montañas se desvanecen en el horizonte, y llega allí sordo y profundo el rumor del Océano, que rasga sus olas impetuosas en la ruda aspereza de los peñascos.

—¡Qué paz hace contigo mi hija!—dice Rosalía.

—Sí, he conquistado su corazón: hace dos días que estamos juntas, y la hermosa niña no sabe vivir sin mí. Es una conquista de la cual estoy orgullosa... Mi alma solitaria se complace en la inocencia de su cariño, porque en ella no ha penetrado aún el egoísmo y la miseria del mundo.

—Todo eso está muy bien: cuando te pones seria, hablas como un libro; pero, vamos á cuentas. ¿Has pensado en la situación?... Yo empiezo á creer que no sabes lo que has hecho.

—Lo sé muy bien, y te aseguro que ha sido una idea felicísima.

—Sólo el demonio ha podido inspirártela.

—No lo creas...: el demonio hizo todo lo que pudo por quitármela de la cabeza.

—¡Abandonar así á tu marido!... ¿Qué fin te has propuesto con semejante locura?

—Huir.

—¿De quién?

—De mí misma.

—¿Por qué?

—Porque cuando estoy lejos de mi marido me siento más fuerte.

—¡Qué cosas más extrañas dices!...

—¿Qué quieres? Su presencia es para mí un peligro.... No puedo verlo sin experimentar vivas tentaciones....

—¡Tentaciones! ¿de qué?

—De huir....; de esconderme en el último rincón de la tierra....; de encerrarme en un convento....; de morirme.

—Eso es que aborreces á tu marido.

—No, no lo aborrezco; mas no puedo quererlo, ni me es posible estimarlo.

—Eres injusta; porque, sea como quiera, él, al fin y al cabo, ha querido hacer tu felicidad.

—¡Mi felicidad!... Error, grande error. Él ha querido hacer la suya, sin pensar en la mía. La vejez suele tener también sus vanidades de juventud: el invierno ha querido adornarse con las flores de la primavera, y ha comprado mi mano como un cosmético.... ¡Miserable! Ha creído que mis pocos años podrían rejuvenecerle.... Es la vida que se va, que intenta asirse á la vida que empieza. Unión monstruosa que repugna á la naturaleza, y que Dios no puede mirar con buenos ojos.

—Tu imaginación se acalora demasiado...., y, ¡mira tú qué contraste!: mientras hablas de ese modo, poniendo de vuelta y media á tu pobre marido, él, á pesar de sus años, andará hecho un loco buscándote por todas partes. Á estas horas ha co-

rrido ya toda Guipúzcoa y toda Vizcaya.... Tu suerte será horrible, pero tus bromas me parecen algo pesadas.

—¡Broma! (exclama Inés, moviendo la cabeza.) Oyeme, para que comprendas lo sería que es esta broma.

—¡Calla!.... ¿No oyes un rumor lejano que parece un trueno?

—Sí; es el rumor del mar....

—No, no es el mar....

—Tienes razón: no es el mar; es un coche que, al parecer, se acerca.... ¿No distingues el sonido de los cascabeles?

—¡Oh! Sí; es el coche de Zumárraga, que viene retrasado. Ahora pasa por delante de la tapia del jardín. Mira, mira el reflejo de la luz.

—Ya la veo.

—Dejemos el coche, y volvamos á nuestro asunto, aunque me parece inútil que quieras persuadirme de que la broma que le has jugado á tu marido puede ser muy seria. ¿Qué le vas á decir cuando lo veas? Veamos el cuento que le tienes preparado para engañarle.

—Yo no sé mentir, Rosalía: le diré la verdad.

—Entonces tendrás que sufrir sus reconven- ciones, y tendrás un disgusto. Ya ves si eso es serio.

—Esa será precisamente la parte más risible del suceso. Pero me parece que alguien ha levantado el picaporte de la puerta del jardín.

—Es verdad, Inés. Han abierto la puerta, y dos sombras se adelantan hacia nosotras.

—Habla más bajo, no te oigan.

—¿Tienes miedo?

—Sí.

—¿Serán ladrones?

—¡Ojalá!

—¿Qué dices?

—Que no pueden ser ladrones.

—¿Por qué?

—Porque en estas honradas montañas no los hay.

—Pues entonces, ¿qué buscan?

—Allá veremos.

—Ese modo de entrar es sospechoso.

—Sin duda.

—¿No ves?

—¡Qué!

—Que se adelantan como si no quisieran ser vistos ni oídos.

—¿Y qué infieres de eso?

—Infiero que tratan de sorprendernos.

—Así parece.

—¿Y qué hacemos?

—No sé.

—Si gritáramos, huirían.

—No.

—¿Por qué?

—Porque antes intentarían ahogar nuestros gritos.

- Llamaremos á Sergia, á Rita, á Eugenia....
- ¿Y qué podemos cinco mujeres solas contra dos hombres?
- Es verdad....; mas ¿qué hacemos?
- Si pudiéramos huir....
- ¿Por dónde?... Esta casa no tiene más salida que la del jardín....
- Sí; pero tiene ventanas por donde podemos descolgarnos.
- Entonces, huyamos.
- Antes de todo, sepamos el objeto que los trae á esta casa tan misteriosamente.
- ¡Qué curiosa eres!
- Mucho.
- Pero.... ¿cómo hemos de averiguar eso?
- Ahora lo verás.
- ¿Qué haces?
- Apagar el quinqué. Así los vemos mejor, y ellos no pueden vernos á nosotras: la luz nos vendía.
- Dame la mano, porque yo no veo gota.
- Tómala, y no tiembles.
- Es tu mano la que tiembla.
- Ven (dice Inés, arrastrando á su amiga). Desde la ventana los espíaremos con más seguridad.
- ¿Por qué no cerramos la puerta?
- Es inútil.... No se atreverán á entrar á obscuras.
- ¿Los ves?
- Sí....: están á veinte pasos de la casa.

- ¡Tan cerca!
- ¡Calla!.... Se detienen y hablan.
- ¿Qué dicen?
- No se oye.
- Entonces, ¿cómo sabes que hablan?
- Porque manotean.
- ¡Es curioso esto! ¿Qué quieren de nosotras esos hombres?
- Indudablemente sorprendernos.
- Rosalía oprime la mano de Inés, y le dice:
- Mira: hagamos un esfuerzo, y cerremos la puerta antes que lleguen.
- Como quieras,— contesta Inés.
- Ambas amigas se dirigen á la puerta, colocándose detrás de las respectivas hojas para cerrarlas de golpe y á un mismo tiempo.
- ¿Estás?— pregunta Inés en voz muy baja.
- Sí,— responde Rosalía, con una voz como un soplo.
- Pues...., á la una....
- La claridad que la tímida luz de las estrellas proyecta sobre el umbral de la puerta se oscurece de pronto, como si fuera invadida por una sombra.
- Á las dos,— añade Rosalía.
- Á las tres,— dice la otra.
- Las dos hojas de la puerta, violentamente empujadas, van á cerrarse; pero un obstáculo las detiene, y vuelven á abrirse de par en par. Al mismo tiempo, las dos amigas, aterradas, oyen un golpe sordo, semejante al que produce un cuerpo humano

que rueda por el suelo, y una voz, que á Rosalía le parece ronca y cavernosa, prorrumpie en ayes lastimeros. Para colmo de espanto, una de las sombras, con los brazos extendidos como el que anda á tientas, penetra en la estancia.

Rosalía retrocede, gritando:

— ¡Sergia !.... ¡Sergia !.... ¡ Socorro !.... ¡ Socorro !....

Inés se adelanta hacia la sombra, y, sin poder contenerse, prorrumpie en una carcajada.

Todo esto sucedió en menos de un minuto.



DIÁLOGO CUARTO

LA DECLARACIÓN.

A Los gritos de Rosalía acudió Sergia atribulada, llevando una luz en la mano, y mirando con ojos espantados y medio dormidos.

Al reflejo de la luz iluminó la estancia, y pudo ver á Rosalía refugiada en un rincón, oculto el semblante entre las manos, con el horror trágico de quien experimenta la visión pavorosa de un terrible espectro.

En cambio, Inés se hallaba á dos pasos de la puerta, fruncido el entrecejo y risueña la boca, con los brazos cruzados en ademán resuelto. Presentaba una actitud heroica: parecía al luchador pronto á lanzarse sobre su adversario: en su entrecejo se advertía fiereza, mientras que la sonrisa que agitaba sus labios descubría la satisfacción anticipada del triunfo.

En el umbral de la puerta, abierta de par en